

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD, EN SOCIEDADES DE DISENSO

Por: Carlos Arturo Ramírez Salazar¹

Recibido 04/04/2013 revisado 09/09/2013 aceptado 10/10/2013

Resumen:

En este artículo se problematizara la ciudad desde el reto que representa en la contemporaneidad, la convivencia dentro de un espacio urbano de personas que reclaman un derecho legítimo, políticamente sustentado, a la diferencia, pero bajo la “fatalidad” o evidencia de tener que vivir juntos, en un mundo sistémicamente integrado, que va más allá de los límites de la ciudad y la nación, extendiéndose al planeta entero. Es decir, en un mundo globalizado, donde las diferencias afloran y se ven confrontados con los discursos y meta-discursos hegemónicos y contra-hegemónicos, presentando comunidades en disenso.

Palabras claves: ciudad, diferencia, crisis, política, comunidades de disenso.

Abstract

This article problematize the city from the challenge of the contemporaneity, coexistence with in an urban space of people demanding a politically supported, the difference, but under the “fate” or evidence of having legitimate right to live together, in a world systemically integrated, which goes beyond the boundaries of the city and the nation, extending the entire planet. That is, in a globalized world, where differences emerge and are confronted with discourses and meta-hegemonic discourses and counter-hegemonic, presenting dissenting communities.

Keywords: city, difference, crisis, politics, communities of dissent.

1. Profesor pregrado y especializaciones en Fundacion Universitaria Claretiana, Asesor Regional Ciudades Educativas y Culturales en Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia, Colombia. cramireztu@yahoo.com

Introducción:

La ciudad, una comunidad en crisis.

En este artículo se problematiza la ciudad desde el reto que representa en la contemporaneidad la convivencia, dentro de un espacio urbano, de personas que reclaman un derecho legítimo, políticamente sustentado, a la diferencia, pero bajo la “fatalidad” o evidencia de tener que vivir juntos, en un mundo sistémicamente integrado, que va más allá de los límites de la ciudad y la nación, extendiéndose al planeta entero. Es decir, en un mundo globalizado.

La ciudad enfrenta una crisis que lo es de la sociedad en general, en la cual los vínculos que tradicionalmente nos han atado parecen debilitarse, disolverse, abriendo paso a formas que se salen del control humano y deja por fuera las voluntades que quisieran retener dicho control a través de un proyecto, un sueño, una utopía.

Como realidad pensada, tradicional, la ciudad se nos aparece como una “unidad de acción” social, política y culturalmente

determinada e integrada, es decir, compuesta por voluntades (ciudadanos) que se relacionan sobre la base de un entendimiento común construido en el tiempo y el espacio².



Cuando la ciudad deja de ser dicha “unidad de acción social-

2. Ser habitante de un espacio, en este caso, la ciudad, implica para el individuo unas competencias socioculturales y políticas que posibiliten sus relaciones con los demás y el contexto ecológico.

cultural y políticamente determinada” que posibilita la convivencia bajo un ordenamiento con una cierta continuidad o estabilidad en el tiempo, podemos llegar a la conclusión de que ella ha entrado en crisis. Precisamente, la ciudad ha sido un objeto de reflexión obligada en el campo de las ciencias sociales y humanas, entre otras cosas, porque su sentido de unidad para la acción parece disolverse conforme avanza el desarrollo de las comunicaciones, la realidad virtual, la desregulación estatal y el proceso de integración planetaria a nivel sistémico que conocemos como globalización.

A pesar de todo, la ciudad sigue viva, tiene una dinámica, se reproduce, crece, permanece y cambia, y despierta un sinnúmero de sentimientos encontrados. La ciudad continúa siendo un sueño para muchos, un proyecto,

algo que todavía tiene una fuerza mística envolvente que la inviste de las cualidades de un sujeto con vida propia. La ciudad aún se sigue pensando como “comunidad” construida sobre la voluntad, los afectos, los sentidos de sus habitantes

ciudadanos. La ciudad aún se piensa y se siente, y parece sustentarse como realidad en las ideas que de ella tengamos. La ciudad aún se sigue pensando como una herencia que tiene sentido por sí misma, pero, también, como proyecto humanista de convivencia, donde la noción de vida legítima, vida digna, vida auténtica, vida buena, vida deseada, lleve a su construcción y permanencia. Es decir, la ciudad como unidad social existe y permanece en el mundo por la voluntad de sus habitantes, no obstante, parece estar en crisis³.

Bajo un mirada pesimista pero no menos realista y preocupante, muchos estudiosos argumentan que la ciudad está destinada (como tendencia) a ser una “unidad de acción” estructurada por el mercado y las dinámicas tecno-científicas; según esta mirada, hace ya un tiempo esto viene ocurriendo, solo que hoy se ha exacerbado. Así las cosas, la ciudad cada vez más se parece a un nicho de mercado al cual accedemos solamente como consumidores. Estaría siendo un espacio organizado por categorías del mercado, no necesariamente homogenizados (sociedad de masas), sino como consumido-

res diferenciados con base en las capacidades económicas y las particularidades socioculturales de sus habitantes

En este escenario la cultura serviría, entonces, sólo como fuente de categorías de consumidores. Los ciudadanos entrarían sólo como una lógica de valorización de los capitales puestos en juego. Seríamos los habitantes “medios” y nunca “fines” de las dinámicas sociales, en este caso, la ciudad. Estas dinámicas estructurantes de la ciudad como hábitat caerían bajo una lógica, si la expresión lo permite, “ecológica”, sobre-determinada por la economía de mercado capitalista.

Paralelo a ello, pero siempre sobre-determinado por el mercado⁴, estarían los desarrollos tecnológicos de la comunicación y la información, que en lo fundamental, generan un “efecto de proximidad” que nos convierte a todos los habitantes de este planeta en vecinos. Como tal, todos estaríamos sujetos a las influencia de los otros por muy distantes que en el espacio físico territorial esteemos, aunque siempre mediados o determinados por la lógica del mercado. Hoy nuestra

4. El mercado actúa como un agente seleccionador de toda propuesta científica tecnológica, incluso las simbólico-culturales. Toda alternativa, opción o propuesta, tiende a “sobrevivir”, a tener éxito, así sea por corto tiempo, dependiendo de su acogida en el mercado.

experiencia de vida tiene por contexto vital el mundo entero. Esto quiere decir que nuestras vidas ya no sólo es un asunto local, sino global, y, la ciudad, estaría expuesta a ello restándole capacidad de generar su propia realidad.

Lo anteriormente dicho representa una doble sobre-determinación que nos arrebató la ciudad como proyecto, como realidad social, política y cultural: la sobre-determinación del mercado, y, las influencias de propuestas culturales, simbólicas, representacionales globales, tendencialmente anónimas.

La ciudad como comunidad heterogénea: los otros como desorden.

La ciudad siempre ha sido representada, y así nos lo hemos querido creer, como una comunidad atravesada por una fuerza o espíritu vinculante. Siempre ha sido imaginada⁵ y para ello hemos recurrido a los símbolos de su representación, y es en ellos como ha surgido consolidada, fuerte, incontrovertible como realidad, como objeto-sujeto. La ciudad nos interpelada, nos habla, se duele, se embellece y aparece presumida, coqueta; nos demanda, pero nos acoge como una madre y nos envuelve en

5. Véase, Anderson, Benedict, Comunidades imaginadas, México, F.C.E. 2003.

3. Las crisis necesariamente no son sinónimo de muerte o desaparición de un organismo o entidad, las crisis son estados traumáticos que ponen en riesgo la estabilidad y permanencia de una realidad.

un halo de confort. La ciudad se comporta como nuestra casa, es nuestra casa. Así la pensamos, así la soñamos. Así la hemos querido imaginar cuando la añoramos o la hemos querido representar como comunidad.

Pero la realidad hoy parece ser otra, y por la hendidura de nuestro desconcierto aparece diluida, etérea, fugaz, sólo sustentada en pequeños momentos⁶. La ciudad, entonces, aparece como el *locus* donde cada habitante desarrolla su individualidad como sentido de vida y el *espíritu de corps* desaparece; la comunidad como fuerza mística pero real, se disuelve. Desaparece la ciudad como espacio de sociabilidad y con ello los sentidos de pertenencia, solidaridad y proyecto. Así sólo queda la fuerza estructurante del mercado.

Por otro lado y esto contribuye a sus crisis, la ciudad aparece como lugar de lo heterogéneo, de gentes con gustos y estilos de vida diversos, como espacio de expresión de la diferencia, pero diferencias no integradas dentro de un nivel más alto, como lo fue la ciudad moderna a lo cual al menos se aspiraba. No, la ciudad contemporánea no sólo es escenario de diversidad, sino, de diferencias, incluso irreconciliables, que reclaman su legitimidad⁷.

6. Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 1999.
7. “La ‘lucha por el reconocimiento’

La ciudad es un lugar por excelencia, donde aparece el “otro” como extraño, pero a la vez como vecino. El extraño, el extranjero, el que no es de aquí, el que no es de mi comunidad, pueblo, nación, etnia, raza, clase, siempre ha sido considerado a través de la historia, como “desorden”. Por eso es indeseable, peligroso, contaminante. Desde la perspectiva del yo, los otros sólo pueden ser “desorden”, pues para mi yo (social o comunitariamente sustentado), los otros como ordenes diferentes sólo pueden ser la contradicción de mi ser como orden. Los otros diferentes sólo podían ser concebidos como desorden en vez de otros órdenes. El desorden es fuente de peligros, negación, contradicción, sospecha⁸. Ene-

se ha convertido en las últimas décadas en una de las cuestiones centrales para la configuración de la esfera pública de las sociedades democráticas” (...) “El valor de la igualdad como ideal emancipatorio de la Humanidad ha encontrado nuevas posibilidades al incorporarse el lenguaje de la diferencia, que reivindica su adecuado reconocimiento institucional”. Pérez de la Fuente, Oscar, *Identidad, pluralismo y racismo*. Algunos límites infranqueables para el discurso de la diferencia, en, *Un discurso sobre la gestión de la diversidad cultural*, Madrid, Dykinson, p. 137-180.

8. “La dimensión política de esta problemática filosófica es inmensa. El “otro”, siempre extranjera, diferencia, complemento, suplemento, es decir, mujeres, homosexuales, clases, etnias, religiones, culturas y países no hegemónicos han sido

migos, seres negativos, contradictorios de toda realidad, sensatez y verdad⁹.

La ciudad como un espacio social es un espacio de relaciones de poder y dominio, regidas por un orden representacional de lo legítimo, lo auténtico, lo deseable: es decir, un espacio de representación de un orden. Lo que no se acomode al modelo o paradigma del orden representacional imperante, sólo puede ser desorden. De allí que el negro, el gitano, el extranjero, el indígena, el homosexual, el costeño¹⁰, en nuestra ciudad (Medellín, por ejemplo) tradicionalmente han sido considerados como desorden. La ciudad, entonces, ha sido considerada como espacio civilizatorio, educativo, bajo un solo modelo de persona: católica, patriarcal-androcéntrica, mestiza-blanca, conservadora-liberal, emprendedora, busca-

considerados, a lo largo de los siglos, como anomalía. Fernández, A.M. *Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina*, en *Nómadas*, no. 30. abril 2009. Universidad Central –Colombia, p.26

9. Dentro de la tradición religiosa judeo-cristina el diablo es la representación del desorden, por eso aparece con apéndices como los cuernos y la cola, además de un color oscuro o rojo.
10. En los baños de la Universidad de Antioquia en los años ochenta solía encontrarse letreros escritos en sus paredes que decían: “Haga patria, mate un costeño”. o “el vallenato no es música ni el costeño es gente”.

dora de riqueza como símbolo del éxito, y otros atributos más que ha variado con el tiempo o han sufrido matizaciones.

De la ciudad en el contexto del proyecto nacional a la ciudad como proyecto local.

La modernidad presente llamada por algunos “posmodernidad” se caracteriza entre otras cosas, por la disolución de los meta-discursos envolventes como la fue hasta hace poco el discurso de la unidad nacional bajo un solo paradigma civilizatorio. Bajo este paradigma se aspiró a construir una nación conforme a un único modelo cultural, que permitiera la homogenización cultural, posibilitando, a su vez, la integración social, el entendimiento, la solidaridad, la gobernabilidad. Este modelo, a nivel mundial-occidental, tuvo su mayor alcance bajo el llamado “Estado de Bienestar”, de pleno empleo, educación, salud pública, comunicaciones y justicia social. La sociedad nacional acomodada a los límites del Estado, se planteó como la *unidad de acción* sociopolítica más incluyente de lealtades, vínculos, pertenencia e identidad, que marcaría el derrotero de realización personal y colectiva de los ciudadanos, es decir, los habitantes miembros de la nación simbólicamente representada como patria.

La ciudad aparecía como un pedacito de patria y los valo-

res civilizatorios eran los valores propuestos por el Estado nación; hacia allí deberían encaminarse todos los esfuerzos, todos los sueños y en la medida en que el ciudadano se lograra insertar en ese esquema aseguraría un estado de bienestar, de realización propia y vida buena. El habitante de la ciudad era o debería ser, ante todo, un ciudadano del Estado nación. La “diferencia” como realidad cotidiana que se alejara del modelo nacional impuesto, simplemente constituía un *anti-valor*. La igualación bajo un modelo de sociedad culturalmente representado (el Estado nación), debería guiar todo esfuerzo individual y de política pública en materia cultural-educativa. Sólo se veía como viable una comunidad sustentada bajo este paradigma. La convivencia buena, la paz, el progreso, la prosperidad, la elevación de los índices de bienestar, sólo podrían garantizarse bajo un sólo modelo cultural. Sólo así “los hombres” podrían entenderse, progresar, gobernarse y convivir en paz.

La sociedad moderna del Estado nación hizo de los *seres humanos desiguales, diferentes, seres iguales*. La igualación de los desiguales, de los diferentes, se consideró una cuestión de justicia social, de política pública. A todos debería “brindársele la oportunidad” de *ser iguales conforme a una modelo cultural* que resaltara la virtud

humana y “natural” de libertad. Individuos libres, pensantes, racionales, que toman decisiones propias para la realización de sus intereses propios en condiciones de igualdad (individualismo metodológico). Para resumir y partiendo de la noción de igualdad y libertad, a los ciudadanos debería dárseles la oportunidad de ser personas conforme a un paradigma nacional imperante. En otras palabras, el Estado nación debería garantizarle la libertad y los medios suficientes (liberalismo procedimental), para dejar de ser diferente al ser del modelo nacional imperante. Esta era la propuesta del liberalismo clásico que intentó construir nación, de hacer justicia social.

Con el desmoronamiento del Estado nación regulador de la vida económica, social, política y cultural al interior de sus fronteras, y con la apertura de las fronteras económicas y el desarrollo de los medios de comunicación supeditados al mercado, el proyecto de unidad nacional bajo un solo paradigma o modelo cultural sucumbe o se debilita, y las ciudades, lo local pueblerino, lo regional, obtienen una nueva relevancia y surge así el prurito por la construcción de lo local.

La construcción de lo local, en este caso desde la ciudad, enfrenta nuevos términos de los cuales debe partir y que le convierte en uno de los enfo-

ques de la polémica, como lo es: ¿Cómo proponer un modelo o modelos de ciudad como unidad de acción con proyecto de sociedad, integrada, solidaria, partiendo de la evidencia de que los ciudadanos son: 1. *diferentes por “naturaleza”*¹¹; 2. *que sus diferencias son muchas veces irreconciliables-irreductibles*; 3, *que el mercado (capitalista) es una fuerza estructurante*; 4, *que el contexto global es la socio-esfera vital de la experiencia de vida de cada ciudadano*¹²; 5, *que la diferencia es un valor por excelencia de la modernidad presente, sustentada por el derecho a la autodeterminación individual y colectiva?*

La diferencia como valor y objeto político.

Contrario a lo que postula el liberalismo clásico, sostenemos que las personas no son libres por “naturaleza”, pues no tienen más libertad que la que cada sociedad les otorga; además, que antes que individuos, son seres sociales, pues son producto biológica y culturalmente, de los procesos sociales, cooperativos, que le antecedieron. Que para su sobrevivencia parten de un equipamiento o competencias

simbólicas heredadas que les permiten actuar, ser agentes en la sociedad e influir en la construcción de sí mismos y transformación de la sociedad¹³.

En términos generales hasta hace unas décadas, la cultura y toda práctica social estaba dotada de sentidos institucionales que le daban certidumbre y solidez a la experiencia de vida de las personas. Hoy en día la cultura se ha desinstitucionalizado o al menos compiten con ofertas generadas en cualquier rincón del mundo, convirtiendo el proceso de socialización en un asunto casi anónimo. La persona se forma en una urdimbre de propuesta simbólico representacionales surtidas por los más variados medios y de orígenes diversos. De allí abreva los sentidos de vida que le darán sentido a sus prácticas sociales, a sus relacionamientos con los demás y el medio físico que las rodea. Por eso se dice que la identidad como proyecto y realización de vida de la persona, es un asunto que sólo compete al individuo. ¿Quién soy yo? es un asunto que sólo la persona podrá resolver en el transcurso de su experiencia de vida. A este proceso socio his-

tórico se le reconoce por parte de los teóricos sociales, como proceso de individuación y autonomización de la persona¹⁴.

Bajo estas características de la sociedad actual o posmoderna, la diferencia adquiere nueva vigencia y se convierte en un valor que da sentido a la acción social y política de la contemporaneidad. Pero a la vez genera crisis y problemas para la convivencia social, máxime en espacios como los urbanos.

Los personas por “naturaleza” no sólo son diversas, sino, diferentes, con intereses diferentes, motivos diferentes, sentidos de vida diferentes de los que se han apropiado, compartiéndolos con otras personas en los procesos de socialización, desde los círculos más íntimos como la familia o las amistades, hasta otros más amplio como las culturas locales-regionales, nacionales, y su exposición a una variedad de ofertas culturales a través de los medios de comunicación e información, y conocimientos en general del más variado origen. Los habitantes de la ciudad son personas diferentes, con intereses y visiones del mundo diferentes que representa órdenes dife-

11. Toda naturaleza es social e histórica.

12. Palabras más palabras menos, esto quiere decir, que, el ciudadano está sistémicamente ligado a los flujos internacionales y globales para producirse así mismo, desde lo biológico hasta los simbólico identitario. Su cordón umbilical está ligado al planeta y ya no meramente a su localidad o aldea.

13. Aunque en otros términos, esta polémica aparece muy bien sustentada en: Taylor, C. El multiculturalismo y la política del reconocimiento, México, F.C.E. 1993. Las fuentes del yo, la construcción de la identidad moderna, Barcelona, Paidós, 1996

14. Anthony Guiddens, entre otros, expone de manera bastante argumentada lo que él denomina la radicalización del proceso de autonomización de persona en la sociedad actual o posmoderna. Modernidad e identidad del yo, Barcelona, Península, 1994.

rentes, a veces irreconciliables e irreductibles.

El problema es que la ciudad como un todo es un bien común, es un asunto público de públicos culturalmente diversos. ¿Cómo conciliar, entonces, la evidencia de la diferencia y la necesidad de la convivencia, por lo demás solidaria? ¿Bastaría con la tolerancia de una política de la diferencia?¹⁵

La construcción del yo posmoderno (proceso de personalización y autonomización) es un valor, un objeto político de primer orden que orienta políticas y genera derechos legitimando procesos sociales, entre ellos, los de construcción de sociedad. Gran parte de los movimientos sociales y las luchas políticas de la contemporaneidad están dados en torno a este derecho autonómico que afecta tanto los procesos individuales de la persona como los colectivos. Así, hoy podemos hablar de la *política de la diferencia*, es decir, todos aquellos procesos o relaciones sociales de poder en torno a los sentidos legítimos, públicamente válidos de ser y estar en sociedad, en este caso la ciudad.

Movimientos, demandas sociales como el derecho a la dife-

15. La acomodación práctica de la diferencia en los contextos de democratización aparece como preocupación de varios pensadores. Véase, entre otros, Pérez de la Fuente, op. cit.

rencia son vehiculizados por el feminismo, las “comunidades” lgtbi, étnicos, raciales, juveniles, discapacitados, nacionalismos, regionalismos, fundamentalismos de todo tipo como los religiosos, inmigrantes, y demandas culturales en general por llamarles de algún modo a todas aquellas demandas del derecho (legítimo) a arrogarse la posibilidad y la capacidad de representarse los sentidos de vida, sin sufrir por ello discriminación o desventajas en el intercambio y comunicación social.

Hoy es necesario, cuando hablamos de proyectos de ciudad, reflexionar detenidamente sobre cuál debería ser el estatuto social de la diferencia en un mundo dramáticamente globalizado, es decir, sistémicamente integrado por estructuras anónimas como el mercado y el desarrollo tecno-científico y de las comunicaciones.

Vivir juntos como fatalidad desde la diferencia: las comunidades de disenso.

El dilema que se nos presenta, es, entonces, tener que vivir juntos en una sociedad donde el reconocimiento político-social de la diferencia es una demanda en búsqueda de legitimidad; todo ello, en medio de un mundo sistémicamente integrado al cual nadie escapa por muy aislado que se encuentre. Ya no somos sólo ciudadanos de la ciudad, el país o la

región, sino, del planeta entero. Sin embargo la ciudad es un recurso para la construcción de yo, de mi identidad, fuente de satisfacciones personales. A la ciudad se aspira hoy por una doble vía. Por un lado, como espacio de realización del yo, de la construcción de mi identidad, como una metodología individualista, y, por el otro, por la “ilusión de la identidad”¹⁶ y el sentimiento de pertenencia a una comunidad de la cual se es miembro, como metodología comunitarista.

Vivir juntos, bajo la demanda del reconocimiento de las diferencias, no debe ser la réplica inversa de la sociedad nacional homogenizante. Por eso debemos buscar estrategias que nos permita un camino del diálogo, con la idea de una construcción co-participativa, sustentada en propuestas dialécticas siempre renovadas de error y acierto y no como verdades impuestas. No se trata, como suele suceder, de “naturalizar” nuestras diferencias que las erigen en un derecho tácito, que no acepta discusión, pues todo derecho, como toda libertad, es socialmente otorgada. Cualquier práctica social es cultura, y por lo tanto *contingente*¹⁷: sólo una

16. Sen, Amartya K.: *Identidad y Violencia. La ilusión del destino*, Argentina, Katz Editores, 2007.

17. El concepto de contingencia junto al de reflexividad aparece en numerosos autores como, Ulrich Beck. *La sociedad del riesgo global*. Si-

posibilidad entre otras. *Sólo un proyecto de sociedad podrá legitimar las contingencias aspirantes a derechos y libertades*. No existe una libertad como un bien que antecede a los individuos, no hay libertad de partida, porque la libertad es un derecho construido, por lo tanto un derecho que cada sociedad históricamente determinada, otorga. Las libertades son más bien asuntos de llegada para luego partir y volver a llegar y así sucesivamente en el tiempo. Al menos así ha sucedido en la historia de la humanidad.

Partiendo de esta base, lo que nos correspondería pensar en la convivencia ciudadana, son modelos de sociedades de disenso¹⁸, donde las diferencias llegan a ser irreconciliables. Pero ante la evidencia de un mundo hiper-comunicado, de flujos planetarios, globales, y sistémicamente integrado, sólo quedan dos opciones: la del conflicto y la violencia, pues por lo dicho es imposible la indiferencia y el aislamiento, o la opción del acuerdo política-

mente sustentado y autocorregido en el tiempo y el espacio.

La propuesta de una política democrática y co-participativa, debe apelar a una pedagogía de los aprendizajes sociales que aún está por construirse y que implicará ceder bienes (simbólicos-culturales) preciados, por un valor mayor a cambio. De lo contrario sería dejar que estos asuntos se resuelvan por la vía de la confrontación directa o indirecta, anónima o descaradamente violenta, donde impere la ley del más fuerte y del mayor aguante.

Para concluir diremos que las comunidades ciudadanas de disenso, como proyecto político democrático co-participativo, surgen o se vuelven opciones cuando: a) la ciudad se vuelve un lugar legítimo de expresión de la diferencia; b) donde existe la necesidad de construir una cultura del entendimiento, el compromiso, la convivencia pacífica y una dimensión simbólica representacional motivante; c) bajo la urgencia de ser una realidad políticamente determinada, dentro de un ejercicio democrático co-participativo, en un mundo dramáticamente sistémico, global o planetariamente integrado, y d) cuando se esté dispuesto a renunciar a valores simbólico culturales cuando las metodologías políticas democráticas y co-participativas lo exijan, siempre y cuando no sufra menoscabo los derechos de las personas

bajo paradigmas de los Derechos Humanos históricamente situados.

Referencias Bibliográficas.

- Anderson, Bénédicte. (2003). *Comunidades imaginadas*, México, F.C.E.
- Bauman, Zygmunt. (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI de España Editores.
- Beck Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, Scott, *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- Delanty, Gerard, *Community*. (2003). Barcelona, Grao.
- Fernández, A.M. (2009). *Las diferencias desiguales: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina*, en *Nómadas*, no. 30. abril. Universidad Central –Colombia, p.26-36.
- Giddens, Anthony. (1994). *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península.
- Pérez de la Fuente, Oscar. (s,f). *Identidad, pluralismo y racismo*. Algunos límites infranqueables para el discurso de la diferencia, en, *Un discurso sobre la gestión de la diversidad cultural*, Madrid, Dykinson, p. 137-180.
- Sen, Amartya K. (2007). *Identidad y Violencia. La ilusión del destino*, Argentina, Katz Editores.
- Taylor, C. (1993). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, México, F.C.E.
- Taylor, C. (1996). *Las fuentes del yo, la construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós.

glo XXI de España Editores. 2002. Y, Beck Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, Scott (2008). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza Editorial.

18. "Bill Readings ha denominado comunidad de disenso una comunidad que no se basa en una subjetividad compartida, en un "nosotros" colectivo o en una identidad cultural subyacente". Delanty, Community, Barcelona, Grao, 2006, p.172.